

## A fondo

En este libro, Ricardo Silva Romero recuerda los diez años de su columna 'Marcha fúnebre', en EL TIEMPO. ARCHIVO. EL TIEMPO



## Aquí está pasando algo muy raro

El escritor Ricardo Silva Romero lanzó *Historia de la locura en Colombia*, un compendio de sus columnas en EL TIEMPO. En el fragmento que publicamos reflexiona sobre el país.

Propongo, con un poco de solemnidad, crear una Psiquiatría General de la Nación. Propongo una reforma constitucional de esas que nunca prosperan. A partir de ahora tendrán que pasar por ese diván oficial todos los políticos colombianos que pretendan llegar a los altos cargos de su Estado. Creo que en nuestra democracia se ha venido dando, al tiempo con sus logros que pocos quieren ver, lo que el ponerólogo Andrzej Lobaczewski llamó una "patocracia": "Un sistema de Gobierno creado por una pequeña minoría patológica que toma el control de una sociedad".

De verdad pienso que, como prueban sus héroes y sus relatos, el pueblo colombiano ha sido más sano que su dirigencia. Y que se nos ha venido encima la hora de tomarnos en serio la salud mental de quienes nos lideran.

Quizás se trate de un círculo vicioso: nuestros líderes son hijos de la locura de la patria, de las evangelizaciones y de las regeneraciones, de las violencias y de los caudillismos, de las polarizaciones y de los dogmas, de las frustraciones y de las incertidumbres, y entonces se portan así. Nuestra violencia sin comillas ni mayúsculas, nuestra tendencia a despedazar y a someter porque se puede, no viaja por nuestra sangre, pero sí es una cultura. Y demasiados dirigentes nuestros, pues demasiados carecen del principio de realidad que suele evitarnos tantos males, han hecho muy poco para que su sociedad supere un pasado doloroso: "Los dirigentes abren a sus sociedades la posibilidad de decir lo que no puede decirse, de pensar lo que no puede pensarse, de realizar gestos de reconciliación que la gente sola no sabe imaginar", explicaba Michael Ignatieff hace unos años.

Aquí sigue pasando lo contrario. Que hay, sí, líderes que emprenden el camino de los pactos por la convivencia, pero que en todas las regiones sigue habiendo demasiados caciques psicopáticos enquistados en las instituciones: cargan con la doble moral de la guerra, y se portan como esos villanos que no saben que lo son, porque nacieron y crecieron y se abrieron paso en un clima en el que no estar a favor siempre ha significado estar en contra y no ser un amigo ha sido sin falta ser un enemigo. Han sido un "Yo" en mayúsculas definido por un "otro" en minúsculas. Han insistido en un "nosotros" en el que no se da la igualdad social sino el deseo exasperado e iluso de someter a un "ellos".

Se ha estado dando la patocracia, como se han dado la plutocracia y la corruptocracia, en medio de nuestra democracia. Lobaczewski advierte que la sociedad vive entre valores patológicos cuando el poder está en manos de una clase política enloquecida. Y que se encoge de hombros ante el entorpecimiento de lo público porque este fracaso "es lo normal".

Y, no obstante, Colombia tendría que pegar un giro vagabundo porque está llena de señales de patocracia: porque con demasiada frecuencia el ventajismo prima sobre la solidaridad, porque la corrupción no es un fenómeno sino una lengua, porque se gobierna por debajo de la mesa, porque solo se representa a los ciudadanos en tiempos de campaña, porque se administra

el país con las "polarizaciones" de las segundas vueltas de las elecciones, porque las desigualdades crecen en medio del discurso contra las desigualdades, porque el periodismo quiere ser reducido a propaganda, porque se siguen violando día a día los derechos humanos más básicos.

Tengo en mente la teoría de la terapia primal, de Arthur Janov, cuando digo que esta sociedad tendría que pegar un grito: pienso que nuestros traumas profundos requieren relatos rotundos, símbolos brutales al alcance de todos, versos con estatus de dichos populares. Pienso que hemos estado cantándolo todo desde que sentimos la locura respirándonos en la nuca, pero que este es el momento preciso para redoblar esfuerzos.

Me puse en la tarea de escribir este ensayo maniacodepresivo para darles un contexto a las columnas que he hecho en los últimos años para EL TIEMPO, el periódico en el que mi abuelo Silva fue linotipista y mi abuelo Romero fue incómodo, pero pronto me di cuenta de que también quería dejar por escrito una plegaria para que no permitamos que se nos vengán abajo los progresos que habíamos considerado irreversibles.

Es que son días de prueba para la democracia estos de 2019. Son días de prueba para la salud mental de los padres y los hijos de este país. Según la ONG Latinobarómetro, solo el 16 por ciento de

los colombianos cree que el Gobierno trabaja para todos. Según la evaluación internacional ICCS, el 73 por ciento de los adolescentes del país aprobaría una dictadura si no se metiera con ellos: ja.

Según la Agencia para la Reincorporación y la Normalización (ARN) y la Universidad Externado, el 31 por ciento de los excombatientes del conflicto armado, 8.370 exguerrilleros o exparamilitares, sufre de estrés posttraumático: ansiedad, descontrol, psicosis. Según la Organización Mundial de la Salud, el promedio de los colombianos deprimidos, 4,7 por ciento de la población, es más alto que el promedio mundial.

Ciertas conquistas mínimas, como los derechos reproductivos de las mujeres o los derechos de la comunidad LGBTI, como la libertad de expresión o la separación de poderes, como la igualdad y la vida, están en riesgo en todo el mundo de este siglo XXI. Y aquí en Colombia tiende a estar en juego, una vez más, el país diverso e incluyente que se pactó en la Constitución de 1991.

Se ha vuelto a hablar de "la unidad", de "un pacto nacional", de una "paz política", como proponiendo esa nación temerosa de Dios que -a la espera de un pueblo que se sume a su causa e impaciente con una ciudadanía que ejerce su derecho a la crítica sin pedir permisos- tarde o temprano se ve forzada a justificar la violencia.

¿Vamos a insistir en ser ese archipiélago que persigue la unidad de Dios sea como fuere o seremos capaces de ser la nación a partir de la diversidad de la Constitución de 1991? ¿Podremos dejar atrás definitivamente ese populismo reaccionario, católico e ingenioso, que ha podido incumplirle al pueblo colombiano sus promesas porque la verdadera promesa del catolicismo es el vaticrúsis y el cielo?

¿Seremos capaces de sobrepornos al negacionismo, al manipuleísmo, al aniquilamiento y a la agonía perpetua de esta cultura bicentenario?

¿Seguiremos empeñados en ser lo uno a costa de lo otro?:

¿podremos encontrar en la rendición a la vida, por ejemplo, un acuerdo mínimo, un piadoso punto en común?

Colombia no es un país, sino muchos. En sus *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*, tomadas hacia 1882, antes del imperio del proyecto regenerador, el diplomático argentino Miguel Cané habla de un país con una constitución "idealmente generosa", capaz de tolerar los insultos en los muros, preparado para que los combates sean de oratorias, librado del caudillaje militar y hecho a que los dictadores "gocen comúnmente de mala salud". El señor Cané, privilegiado, claro, porque en 1882 tiene enfrente una versión del país de tres millones y pico de habitantes, habla de líderes retrógrados para los que "la palabra pública es una sentencia que no puede ni debe cambiar el tiempo: 'fuera de la Iglesia no hay salvación' ". Insiste en que "se lee mal cuando se lee de rodillas". Y, sin embargo, se pregunta si en esta tierra varada en el pasado el conservatismo podrá superar su absolutismo y el liberalismo su anarquía.

Sigue siendo una buena pregunta: "Empujados por la gravitación conservadora que se hundió en el pasado, los liberales se lanzan al porvenir con una vehemencia terrible", advierte y predice el diplomático Cané. Y luego deja claro que esos mismos liberales, obsesionados con ser el polo opuesto de los reaccionarios e incapaces de percatarse de que los mueve la misma actitud religiosa degenerada en actitud fundamentalista, llegan al extremo de enseñar la idea de "que el asesinato político es, en ciertos casos, una acción legítima... ¡una vez más, no!". Ay, Dios: los curas que se fueron a la guerrilla, los unos y los otros que se tomaron el Palacio de Justicia, los ángeles vengadores que pusieron bombas en los parques de todos para probar su punto.

Deja constancia el señor Cané

de un comportamiento que, 137 años después, ha ido creciendo y es un hecho político: "En el centro de ese campo donde combaten huestes tan opuestas, los independientes, antiguos liberales, se han segregado de la masa, procurando encontrar, al abrigo de la moderación en las ideas, un *modus vivendi* razonable para la colectividad", escribe. "De un liberalismo templado, manifiestan públicamente un serio respeto por la religión, y en materia política trabajan por introducir cierta reglamentación indispensable para hacer fecundas las libertades y derechos garantizados por la Constitución, pero por el momento el partido independiente no solo es poco numeroso en Colombia, sino que carece de autoridad moral...".

Creo que esa independencia, que no le arrebató a nadie sus matices ni sus contextos, hoy más que nunca es señal de cordura. Creo que ha crecido. No es fácil ver el plano general en un país de primerísimos primeros planos: mientras termino este ensayo, me entero de que en el Día de la Madre que acaba de pasar hubo 464 casos de violencia intrafamiliar; *The New York Times* ha revelado una nueva directriz del ejército como la que terminó en los "falsos positivos", que podría poner en riesgo a la población, y el partido de Gobierno sigue haciendo lo que puede para acabar con la justicia especial para la paz. No obstante, me parece claro que, a pesar de las manadas delirantes que reúnen las redes, a pesar de ese Gobierno de las muchedumbres -de esa olocracia- que pretenden unos cuantos, cada día hay más ciudadanos independientes de las viejas jerarquías.

Sigue la locura. Han vuelto las amenazas por debajo de la puerta, los asedios, los desplazamientos, los asesinatos de los defensores de los derechos humanos. Pero cada día hay más electores sin dueños, más proyectos políticos que se niegan a la aniquilación del otro típica de los reaccionarios, a la vehemencia terrible contra los tradicionalistas y al desprecio de lo religioso cuando la religión no es una trinchera sino apenas un refugio.

Ya la Iglesia católica no pone candidatos presidenciales. Ya nadie tiene la última palabra y ya no hay hijos ilegítimos y ya no se entera uno del horror y del desangre una década después. Será esa generación de generaciones de independientes, creo, la que derrote las alteraciones de nuestra democracia: la plutocracia, la olocracia, la patocracia.

Sigue el miedo y sigue la intimidación en las zonas de la guerra. Y, sin embargo, cada día hay más electores, más espectadores, más ciudadanos, más lectores que no se resignan a ser extras de una gesta protagonizada por los peores: son hechos verificables que la protesta social y el interés por el pasado del país han crecido en los diez años que cuentan las columnas de este libro.

Creo que el grito vagabundo de la sociedad, que a duras penas reclama el derecho a dormir en paz en la noche, todavía no ha sido oído por la mayoría. Creo que hay que seguir presentando, como novedad, toda la ficción que se ha hecho aquí para digerir la realidad. Creo que hay que seguir escribiendo y reseñando y leyendo lo que pase acá. No hay demasiadas novelas, películas, series, canciones, ensayos, poemas, obras de teatro, textos de historia, documentales, columnas, en un país que sobre todo requiere terapia. No hay mal que dure doscientos años, ni cultura que no pueda volver del infierno. Basta escuchar, por fin, el grito.



EL PINTOR  
**JUAN JARAMILLO FLÓREZ**  
DESCANSÓ EN LA PAZ DEL SEÑOR

Su familia y amigos invitamos a las exequias que tendrán lugar hoy martes 17 de septiembre a la 1 p.m en la Iglesia Santa Clara de Asís. Calle 98 # 9-04. Bogotá D.C.



### CONVOCA A CONCURSO PUBLICO DE MERITOS PARA LA PROVISIÓN DE CARGOS DOCENTES

Los documentos deben ser enviados a través de correo postal dirigido a la Secretaría General de la Universidad del Quindío, carrera 15 calle 12 norte, Armenia, Quindío, desde el 18 de septiembre al 08 de octubre de 2019 en el horario de 8 a.m. a 12 m y 2 p.m. a 6 p.m. Pasada esta fecha y hora no se recibirán hojas de vida. Para información complementaria consulte nuestra página web [www.uniquindio.edu.co](http://www.uniquindio.edu.co) en el enlace <http://blade1.uniquindio.edu.co/uniquindio/convocatoria/index.php> o llame al teléfono (6) 7359300 extensión 843 o 7359323.